

Volved al país

Después de un buen viaje,

Un pequeño esfuerzo,

Y sobre todo, en el puerto

Tened un buen naufragio.

Como se ve, las tales coplas eran perversas...
sobre todo, como poesía.

CAPITULO III

Medidas administrativas.—Policía.—Los bienes del clero.—PAGARÉS.—Se derogan los decretos impolíticos.—Nota de la regencia en la GACETA OFICIAL.—Carta de Maximiliano al general Almonte.—El Emperador al general Bazaine (15 de octubre de 1863.)—Julio Favre.—Instrucciones del mariscal Randon (25 de octubre).—Ferrocarril de Veracruz á la Soledad.

Antes de pensar en extender la influencia francesa por el país y antes de enviar para ese efecto columnas móviles á distintos puntos del interior, el nuevo comandante en jefe pensó en asegurar la capital. Organizó una policía militar provisional, con el título de *compañía de seguridad*. Compuesta de 200 hombres, prestó, desde el principio, muy buenos servicios y permitió á M. Budin presentar un proyecto de organización de una policía municipal como la de Francia.

El proyecto era, en teoría, excelente; pero, al modo de tantas otras concepciones europeas, no habría de ponerse en práctica. No se encontró el suficiente personal que ofreciese las garantías necesarias y la *compañía de seguridad* continuó prestando sus servicios de vigilancia, con plácemes de todas las clases de la población de México, á la que protegía contra los odios de partido.

Otras medidas vinieron á demostrar que la di-

rección de los negocios se hallaba en más firmes manos. Por ejemplo, el servicio del estado civil, que desde el día de nuestra entrada en México había vuelto á ser monopolizado por el clero, sin que nadie se percatara de ello, fué devuelto á los funcionarios laicos. Se impartieron severas instrucciones, para que se respetasen el derecho de gentes y la correspondencia.

Se puso á la capital á cubierto de toda tentativa enemiga, por medio de trabajos de defensa; se instalaron en la ciudad talleres para las reparaciones del armamento, los cuales prestaron grandes servicios durante todo el tiempo de la ocupación.

Otras dificultades — consecuencia de las pasadas querellas religiosas — surgían diariamente. Con un poco de firmeza tuvo bastante el general Bazaine para pacificar esos fermentos de la división.

Los bienes clericales nacionalizados habían sido vendidos en su mayor parte y su precio estaba representado por letras ó pagarés. Estas letras habían llegado á su vencimiento; pero los tenedores experimentaban toda clase de dificultades para obtener su pago. Los deudores rehusaban hacer alguna entrega, invocando como pretexto para su negativa, el hecho de que los tribunales del país habían recibido orden de inhibirse de los litigios que con ese objeto se promovieran ante ellos. Los inquilinos de los inmuebles no pagaban las rentas, por temor de haber de pagar segunda vez á los propietarios. Por fin, la Regencia, noti-

ficada para que revocase el decreto que mandaba secuestrar los bienes de algunas categorías de personas, no lo había hecho sino reeditando antiguas leyes, más impolíticas y más inicuas todavía que la del secuestro, y cuyo principal efecto habría de ser el de reavivar y exasperar los odios de los partidos.

El general Bazaine trató al gobierno provisorio como á un menor de edad. Concurrió á su sesión del 20 de octubre y, sin dejarse impresionar por la oposición del arzobispo de México, recién vuelto de Europa, que sin cesar sacaba á colación al Santo Padre, á Napoleón III y á los ministros franceses, obligó á la regencia á derogar todos esos decretos y á seguir para lo sucesivo una línea de conducta más liberal.

Luego, en virtud de expresa invitación del general, se insertó en lugar preferente de la *Gaceta Oficial* una nota emanada directamente de la Regencia. Esta nota daba un mentís á todos los rumores esparcidos acerca de los bienes nacionalizados y recordaba que esta importante cuestión debería reservarse á la resolución de la sabiduría del emperador Maximiliano.

“El manifiesto del general en jefe — decía al terminar — debe ser y será la regla para el gobierno de la nación, que debe mucho á la magnanimidad del emperador Napoleón III, para apartarse de sus instrucciones. Ahora bien: ese manifiesto dice que las ventas regulares serán confirmadas y que sólo podrán sujetarse á revisión las transacciones

fraudulentas. Suceda lo que quiera, los intereses comprometidos pueden estar tranquilos."

Esta enérgica actitud produjo, como sucede siempre, el mejor de los efectos. Los espíritus recobraron la calma y la solución de las cuestiones pendientes fué esperada sin mucha impaciencia ni agitación.

Data de esta época una carta que el correo de Europa llevó al general Almonte. En ella, el archiduque Maximiliano, que escribía algunos días después del 3 de octubre—fecha de la recepción de la comisión mexicana en Miramar—*declaraba aceptar* la corona, en principio; pero pedía que la *nación fuera consultada* y rogaba al general presidente de la regencia que le tuviese al corriente de lo que se hiciera sobre el particular. Fué un feliz derivativo, que por el momento atrajo de nuevo el pensamiento de todos hacia ese proyecto de imperio que, aun para los indiferentes, tenía la seducción de lo desconocido y el atractivo de lo nuevo.

El mismo correo llevó al general Bazaine una corta carta del Emperador, que como toda su correspondencia confidencial está inédita y que merece seguramente que no se la pase en silencio, porque se refiere á un punto doloroso de nuestra historia: el papel que desempeñó la oposición—y especialmente Julio Favre—respecto del cuerpo expedicionario,

"París, 15 de octubre de 1863.

"Mi querido general:

"Como por el último correo le escribí largamente y como el Ministro de la Guerra escribe á vd. hoy en el mismo sentido, no tengo nada nuevo que decirle, como no sea que se me informa que, en los registros de banqueros de México, se ha *encontrado la prueba* de que Juárez había enviado á Julio Favre, para que defienda su causa en París, una suma de dinero. Si ésto es cierto, sería preciso que se me enviasen las pruebas auténticas: habría de darles mucha importancia.

"La idea de colocar muchos indios en la legión extranjera, como soldados, producirá, según creo, sus frutos. Crea vd. en mi amistad.

NAPOLÉÓN."

Esta carta era un eco de la indignación experimentada por todo el ejército francés, al saber cuál era el partido que Juárez y su gobierno sacaban de los discursos pronunciados por Julio Favre en el cuerpo legislativo. De hecho es indiscutible que, si esos discursos no ayudaron en nada á la solución de las dificultades con que Francia tropezaba, si no pudieron impedir nada, si sirvieron á nuestros enemigos y aumentaron los obstáculos que encontramos en México.

Se comprende el que soldados á quienes esta actitud de un diputado francés llenaba de indignación, la atribuyeran al más vil interés, el que

hayan llegado hasta decir que existían pruebas, es cosa que todavía entra en la lógica de esa especie de acusaciones, que no son sino vagos rumores que se repiten y se propagan entre la multitud, sin que nadie trate de comprobarlos. Pero es curioso que el Emperador, compartiendo esa creencia, haya podido creer que sería posible apoderarse de las *pruebas auténticas* de semejante hecho. Caso de haber sido verdad, es casi evidente que ningún banquero hubiera dejado de la operación huellas en sus libros y que, si las hubiera dejado, se habría negado terminantemente a entregar sus libros a las autoridades francesas para que los examinaran.

El general Bazaine comprendió pronto que cualquier gestión de su parte no conduciría sino a un escándalo inútil, cualquiera que fuese su resultado: se abstuvo de hacer nada en este asunto y obró prudentemente.

Personalmente, Bazaine no creía en la venalidad de Julio Favre; y es preciso confesar que este brillante orador ha dado, después, bastantes pruebas de que su patriotismo es inepto y torpe, pero sincero, lo que autoriza a creer que es capaz de hacer mucho mal a su país, sin darse cuenta de ello y, con mayor razón, sin que le guíe ningún sentimiento malo, ningún sórdido pensamiento.

El mariscal Randon, ministro de la guerra, era más práctico en su correspondencia de la misma fecha. Muy preocupado por el tiempo que dejara perder la inacción del mariscal Forey; inquieto

con los gastos siempre crecientes, que él consideraba excesivos, escribía el 30 de septiembre al general Bazaine que—según se recordará—no había recibido aún el efectivo mando del cuerpo expedicionario:

“.....Lamento esa resolución del Mariscal, porque no puede producir más efecto que el de esparcir la duda y la irresolución en el país y entre las poblaciones que, antes de todo, necesitan sentir la mano que las gobierna. Comprendo que aquellos que nos son hostiles pueden tratar de obtener partido de esta fluctuación, sobre todo cuando una prensa imprudente, para no calificarla peor, puede permitirse el elevar sobre un pedestal a un ministro plenipotenciario, a quien retira su gobierno sin duda con fundadas razones.

“Hoy he visto a M. de Montholon⁽¹⁾ que se dispone a ponerse en camino el 15 ó el 23 de octubre. Quisiera que se hallase ya cerca de Ud. y estoy seguro de que entre ambos no habrá dificultades. Veo ya con gran satisfacción que Ud. piensa, con el efectivo del cuerpo de su mando, poder hacer frente a los acontecimientos que pueden presentarse y que Ud. sabrá sacar partido de los diferentes elementos que se encuentran en sus manos.

“No podría disimularle que encuentro que su intendente no ha sabido aprovechar los recursos de todo género que le ofrecía el país para ase-

(1) M. de Montholon acababa de ser nombrado en lugar de M. Dubois de Saligny.

gurar los diversos servicios que de él dependían. Ha buscado, más bien, la manera de hacer vivir al ejército á costa de las cajas del Tesoro y no la de conseguirlo por medio de una solicitud vigilante é inteligente en la economía de los gastos: *Estos son excesivos y exceden todas las previsiones.*

“No ha de ser uno de los menores servicios que Ud. preste el de modificar esas costumbres, por todo concepto desagradables.”

Así como el Emperador sostenía correspondencia directa y confidencial con el comandante en jefe, el ministro de la guerra mantenía con él una correspondencia que podría calificarse de privada, si no se relacionara con asuntos de interés público; pero, en medio de las circunstancias tan difíciles porque se atravesaba, parecía á las veces necesario al mariscal Randon comunicar al general Bazaine todo su pensamiento, sin hacerlo pasar por las oficinas del ministerio. De ahí que, al lado de las cartas cuya copia quedaba en los archivos de Guerra, hubiese otras, del puño y letra del mariscal, que reflejaban sus opiniones y sus temores con más nitidez y franqueza. Las poseemos también; y son estos documentos, cuyo interés á nadie se escapará, los que reproducimos de preferencia.

En una de esas epístolas, fechada el 15 de octubre, el ministro insistía en el asunto de lo exagerado de los gastos que parecía impresionarle mucho y añadía excelentes consejos—aplicables en todo tiempo—acerca de los deberes de los jefes de ejército,

“Es muy importante, tanto para nuestras finanzas como para satisfacer á la opinión pública en Francia, que se introduzca mayor economía en los gastos que ocasiona nuestra ocupación. Se han acostumbrado mucho al pensamiento de que el gobierno mexicano habrá de pagar algún día los gastos que ha ocasionado la guerra, olvidando que es el Tesoro francés quien, en último análisis, hace los anticipos.

“Sin dificultad reconozco que hay especies de gastos especiales del país; pero no estoy menos convencido de que existen otros que podrían ser moderados. Entre otras cosas, no puedo comprender por qué el acuartelamiento de las tropas ó su alojamiento constituyen para nosotros una fuente de gastos....”

“...El sueldo, tanto ordinario como extraordinario, ha sufrido aumentos considerables: esto constituye un gasto de muchos millones, para los cuales no ha sido concedido crédito alguno. Se ha hecho valer, ya la escasez de provisiones y de víveres, ya el sitio de Puebla, que aumentaba las dificultades; pero ya no estamos en ese tiempo y no he oído decir todavía que se pensara en volver á sujetarse á las reglas dictadas para las tropas en campaña: es indispensable el preocuparse por manera muy seria, de volver á las tarifas ordinarias.

“Los deberes de un comandante en jefe—como vd. lo sabe—no consisten sólo en conducir sus tropas en un día de batalla, sino también en impedir los derroches y las prodigalidades, que son

perfectamente distintas de los bien entendidos cuidados que reclaman las necesidades y la buena administración de un ejército, sobre todo cuando éste ha aprovechado en tan corta escala, como hasta hoy, los recursos del país."

"Acerca de la misión que la diputación mexicana ha venido á desempeñar cerca del archiduque, no puedo decir á vd. nada distinto de lo que refieren los periódicos; pero es evidente que la pacificación de México contribuirá de una manera poderosa á la solución de los problemas pendientes."

Hacia la misma época, el ministro se preocupaba, en su correspondencia oficial, por la construcción de un ferrocarril que, partiendo de Veracruz, atravesaría la tierra caliente hasta la Soledad y podría ser continuado hasta el Chiquihuite, á fin de substraer más rápidamente á nuestras tropas, á su llegada y á su retirada, de las influencias funestas de la fiebre amarilla y de las otras enfermedades que hacen destrozos en esa región durante casi todo el año.

El gobierno francés ofreció subvenciones y, bajo la dirección de M. Sansac, ingeniero francés, empezaron los trabajos y fueron impulsados con rapidez. Sólo el salario de los obreros se elevó á 120,000 francos mensuales.

Al mismo tiempo, estableciáanse líneas telegráficas y se procedía á la construcción y refacción de las grandes vías de comunicación.

"Se trabaja activamente en el ferrocarril de la Soledad, escribía el general Bazaine al Empera-

dor, el 8 de octubre, y voy á reforzar los talleres haciendo bajar de Puebla los 700 prisioneros que han quedado allí.

"He dado órdenes para que se establezca inmediatamente el telégrafo de Veracruz á la Soledad, Orizaba y Puebla. Hago preparar el material necesario para la línea de México á Querétaro, que será colocada conforme yo avance. Los anticipos se hacen por la hacienda mexicana á los adjudicatarios de esas líneas que, hasta ahora, no han podido ejecutarlas por falta de fondos y de seguridad."

CAPÍTULO IV

Preparativos militares. — En persecución de Doblado.—El general de Castagny.—Etapas de 10 á 15 leguas diarias. — Aguascalientes.—San Juan de Lagos.—Zacatecas.—Zamora.—Emisario de Juárez.—Respuesta del general Bazaine. (10 de diciembre de 1863.) — Entrada de los franceses en Guadalajara (5 de enero de 1864.) — Santa-Anna. — El general en jefe se niega á permitirle que vuelva á México.

Comenzaba la obra de organización y de administración. Desgraciadamente no podía realizarse sino en la parte del país ocupada por las tropas francesas. Poco era, en comparación de lo que faltaba por someter. Ahora bien: la pacificación no podía tenerse por asegurada, sino cuando fuera general y completa: era, pues, necesario pensar en llevar nuestras armas por todo el territorio.

Antes de ponerse en campaña, el general Bazaine informó al Emperador acerca de las disposiciones tomadas (8 de octubre de 1863):

“Sacaré el mayor partido posible de las tropas mexicanas; pero éstas no tienen todavía la fuerza moral, la confianza en ellas mismas, necesarias para que puedan ser lanzadas solas por el interior, en tanto que el enemigo tenga la organización suficiente como para inspirarles dudas acerca del

resultado definitivo de las operaciones. Por otro lado, las poblaciones prefieren que seamos nosotros los primeros á quienes vean, para manifestar su adhesión á la intervención y á la política que representa. Tengo el propósito de operar de la manera siguiente: según las circunstancias, escalaré ó reuniré las tropas francesas sobre la línea de operaciones y emplearé las tropas mexicanas en las líneas adyacentes. Como consecuencia del mismo principio, hago armar antes que todo las poblaciones que rodean nuestros centros de ocupación en un radio de 16 á 20 kilómetros, porque esas poblaciones se defenderán si están siempre seguras de ser protegidas por nuestros soldados. En el caso contrario, entregan las armas ó sucumben.

“Tengo la intención de operar sobre dos columnas francesas, flanqueadas á la derecha por la división Mejía y á la izquierda por la división Márquez. Las dos columnas centrales seguirían, una el camino de México á Querétaro, pasando por Tepeji, San Juan del Río, etc.; la otra, de Toluca á Querétaro, pasando por Ixtlahuaca y Amealco. La división Márquez podría extenderse hacia Maravatio y amenazar Morelia, donde, según se dice, no hay sino quinientos de caballería; pero es probable que las tropas regulares evacúen esas poblaciones cuando vean nuestro pronunciado movimiento hacia Querétaro. Sin apartarse del principio que dice: “dividirse para vivir, reunirse para combatir,” ese orden de cosas tendrá la ventaja de que permitirá que el ala derecha ó la izquier-

da maniobren por delante según las circunstancias y amenacen los flancos que el enemigo haya fortificado. Muy probablemente iré con la columna de Toluca, á fin de dirigir bien á Márquez y de dar un golpe de maza, si encuentro ocasión para ello. El señor general Douay seguirá el camino de México á Tepeji con la división Mejía, y yo arreglaré mi marcha de tal suerte que me mantenga en comunicación con él.”

Comenzaba el movimiento: He aquí lo que el general en jefe escribía al Emperador el 10 de noviembre:

“Han comenzado las operaciones militares sobre Querétaro y Morelia: las cabezas de las columnas mexicanas se hallan cerca de San Juan del Río y de Maravatio: detrás de ellas están escalonadas las tropas francesas. Espero encontrarme en San Miguel Allende—punto donde se concentrarán las columnas—hacia fines de este mes. Según la cantidad de fuerzas enemigas que encuentre, marcharé á Guanajuato, impulsando al general Mejía en la dirección de San Luis de la Paz, zona en la que él ha combatido siempre y que asegura serle devota, á fin de que haga pronunciarse las poblaciones mientras yo organizo el Estado de Guanajuato. Pocos días después mandaré una expedición á San Luis Potosí, si es que el gobierno de Juárez se sostiene, y si es que nuestra proximidad no arrastra á ese Estado á pronunciarse contra él. Pienso instalar allí al general Mejía, á guisa de comandante militar.

“En cuanto al general Márquez, tan pronto como termine la pacificación del Estado de Morelia, el que se apoderará bajo nuestra égida, dejará una fuerte guarnición en esta ciudad y vendrá á establecerse á Guanajuato, con el resto de su división: pienso confiarle el mando de este Estado. Una división francesa que tenga por base Querétaro y fuerzas móviles en San Miguel Allende y en Dolores Hidalgo apoyarán á uno ó á otro de estos generales, según las circunstancias....

“.....Para atraer nuestra atención hacia el sur y distraernos de nuestras operaciones del interior, el enemigo ha reunido 4,000 hombres de tropas regulares en el Estado de Guerrero, á las órdenes de Porfirio Diaz, quien, después de haber tomado la pequeña ciudad de Taxco, ha sitiado en Iguala al general Vicario, quien, no obstante mis instrucciones, se ha encaprichado en permanecer allí, en lugar de volver á Cuernavaca, cuyo comandante militar era.

“He enviado hacia esa ciudad tropas mexicanas, para tratar de socorrer á Vicario, á pesar de su falta de haber querido hacer lo que no podía (él es del Estado de Guerrero), en lugar de haber sabido aguardar el momento oportuno y, sobre todo, en lugar de obedecer; tiene mucha influencia en el país y se dice que puede disponer, en un momento dado, de 1,500 voluntarios.

“He suspendido la absurda organización del 1^{er}. regimiento de caballería de la guardia imperial, que tácitamente había autorizado el general Forey....”

Pero el general no tenía sino cuidados militares. En México, sedicentes amigos de la intervención se mostraban más peligrosos que muchos enemigos; de esa suerte, él experimenta la necesidad de insistir sobre las dificultades interiores que ha palpado y de las cuales ha salido procediendo con energía:

“Continúo haciendo todo linaje de esfuerzos para pacificar los ánimos por medio de la conciliación, y tengo promesas de hombres influyentes del partido liberal moderado de que, cuando yo me encuentre en el interior, su partido se decidirá; pero que por ahora nada pueden, pues la Regencia constituye un obstáculo para cualquier arreglo.

“En estos últimos días, me ha sido preciso hacer muy severas representaciones al gobierno provisional, porque no hacía ejecutar lealmente el manifiesto de 12 de junio, principalmente en lo que concierne á los bienes nacionalizados, á la confiscación, al levantamiento del secuestro que, sin saberlo yo, había reemplazado con antiguas leyes sacadas de su arsenal legislativo, más inícuas todavía que el secuestro y aparejadas á reavivar los odios de los partidos. He exigido, pues, la inmediata derogación de esos decretos y que, en la administración de los negocios del país, se observe una conducta más franca y menos reaccionaria. Se me ha prometido volver á la vía trazada por V. M.; pero yo no alzaré la mano y, si es preciso, pondré en tutela á este poder débil y rencoreso. El señor general Almonte parece siempre bien dispuesto, pero carece de energía política y

toma muy en serio su papel de presidente de la Regencia.

“Sin embargo, la situación general no es mala; hay confianza en la política liberal de V. M., en el satisfactorio resultado de las próximas operaciones y espero que, al fin del año, se habrá dado un gran paso para la pacificación del país.”

El gobierno francés apreciaba los talentos y actividad del general Bazaine y naturalmente aguardaba mucho de ellos.

El ministro de la guerra le daba testimonio de su confianza, escribiéndole el 15 de noviembre de 1863 lo siguiente:

“Me enteré con placer de que vd. había asumido el mando del ejército y de que inmediatamente tomó sus disposiciones para entrar en campaña. Se ha perdido mucho tiempo y deseo vivamente que podamos repararlo, porque es evidente que nuestra influencia política, en México, depende esencialmente del prestigio militar que allí debemos conservar. No me extenderé más acerca de los inconvenientes de todo género que han debido ser consecuencia de esa inmovilidad, que duró más de tres meses y que permitió á Juárez, no sólo el reclutamiento de nuevas tropas, sino que le ha de haber autorizado para dudar de nuestra resolución de extender nuestra acción sobre las provincias que todavía no habían reconocido el principio de nuestra intervención. El mal está hecho: se trata ahora de reparar el tiempo perdido tan *pronto* y de la manera más *completa* que vd. pueda.

".....En sus anteriores despachos me habla vd. del efecto deplorable que produjeron dos decretos emanados de la Regencia y que necesariamente habían debido recibir la aprobación del comandante en jefe: uno de esos decretos prohibía la salida del numerario, el otro trataba del embargo en los bienes de determinada categoría de personas. Creo que el primero de esos decretos ha sido derogado; pero el segundo, á lo que entiendo, habrá sido sostenido, en virtud de observaciones que vd. sometería (1) por lo menos á título de provisional y á pesar de las prevenciones formales del Emperador. Ruego á vd. que me informe acerca del particular.

"Llegan informes de todas partes acerca de la impopularidad de la Regencia de México. Se admiran de que el comandante en jefe haya podido dejar con rienda suelta á ese gobierno y no haya conservado la autoridad suficiente para oponerse á las medidas que no se encuentran en armonía con las declaraciones que, varias veces, ha proclamado el Emperador mismo....

"..... Los generales de Mirandol, Brémond d'Ars y Jolivet han llegado por el último vapor. Lamento que vd. no haya conservado al último, y temo que la autorización que yo había dado á vd. de mantener cerca de vd. á los oficiales generales últimamente nombrados, no le haya llegado sino muy tarde.

(1) "Estas observaciones, por el contrario, estaban hechas contra el secuestro." (Anotación del mariscal Bazaine.)

"Síguese contando cosas desagradables respecto de M. de Saligny. Creo que ya habrá vd. puesto en práctica las prescripciones que, por orden del Emperador, le dirigí al respecto y que á estas horas ya habrá Saligny salido de México.

"No sé en qué punto se encuentra vd., en lo concerniente á las condecoraciones que habrían de distribuirse; pero sé decirle que es de desearse que la profusión que empezó á manifestarse tenga término, porque de otro modo ya no habría manera de recompensar los servicios extraordinarios...."

Pero, en el momento en que este correo salía de Europa, el general Bazaine, que estaba decidido á reparar el tiempo perdido, salía de México (18 de noviembre) con una columna de caballería ligera y se dirigía sobre Guanajuato, donde los disidentes—según se le dijo—habían reunido sus principales medios de resistencia.

El 24 llegaba á Maravatío, y el 27 se reunía en Acámbaro con su primera división, al mando del general Castagny. Algunos días más tarde, encontraba en San Miguel Allende la división mandada por el general Douay y la lanzaba á guisa de vanguardia sobre Guanajuato, á donde élla entró el 8 de diciembre, acogida por el entusiasmo de los habitantes, en tanto que Bazaine continuaba su marcha al oeste, hacia Salamanca, esperando alcanzar allí al general Doblado, que acababa de lanzar una proclama para "estimular el sentimiento nacional y hacer un llamamiento á las armas." Anunciando esta noticia á su ministro, el

general Bazaine añadía: "No tenemos mayor deseo, sino el de que cumpla su promesa, porque un éxito militar completo acercaría la solución política." (Carta del 17 de noviembre de 1863.)

Rara vez desplegó actividad mayor un general. Sus etapas son de diez y á veces de quince leguas diarias. Pasa por Silao, Piedra Gorda, León y el 15 de diciembre llega á Lagos, de donde Doblado saliera la víspera. El 24 está en Aguascalientes, el 29 en San Juan de los Lagos, donde, alcanzado por el correo de Europa, recibe la carta del mariscal Randon, fechada el 15 de noviembre. En seguida le responde:

"Acabo de recibir la carta de vd., de 15 de noviembre. Mis anteriores despachos deben de haber enterado á V. E. de las medidas que he tomado para hacer que la Regencia se cña á las instrucciones del Emperador. Este poder, todavía muy débil, tiene siempre necesidad de estímulos y acabo de dirigir de nuevo al señor general Almonte, observaciones acerca de la falta de celo y de abnegación de la mayor parte de los empleados, que no ven en los empleos que obtienen, sino una reparación á las vicisitudes políticas sufridas...."

Une á su carta un largo informe acerca de los resultados de la expedición y continúa avanzando.

Había dejado en Aguascalientes al general Castagny, con orden de dirigirse al norte, hacia Zacatecas, cuyas minas era preciso ocupar y proteger. El general Mejía se hallaba en San Luis Potosí con una división mexicana y acababa de re-

chazar allí un ataque del general juarista, Negrete. Finalmente, el general Douay, que había llegado á Zamora, formaba la izquierda de la base de operaciones del comandante en jefe, apoyado por la división mexicana que Márquez tenía en Morelia. Columnas auxiliares de caballería comunicaban entre sí estos diversos grupos y manteníanlos al habla, para el caso de ataque.

Estas medidas de prudencia no imprimían lentitud á la marcha de nuestras tropas y el general Bazaine entró en Guadalajara, sin disparar un tiro, el 5 de enero de 1864.

La rapidez de esta marcha y estos éxitos habían de tal manera desconcertado á los disidentes, que el señor Lerdo de Tejada, el principal de los ministros de Juárez, tuvo la idea de enviar al general Bazaine un emisario, que lo fué el señor Saborío de San Luis Potosí, para tratar de entrar en arreglos (diciembre de 1863.)

El general no perdió su tiempo en discusiones. Recibió al enviado, que le entregó una carta del señor Lerdo de Tejada y le respondió, en el acto, en estos términos tan firmes como explícitos:

"... El señor Lerdo de Tejada habla de arreglos que pudieran mediar entre el gobierno liberal y yo. No puede tratarse ni de tratados ni de arreglos, sino solamente de *adhesión pura y simple* á la intervención, que constituye hoy el partido nacional y en el que se admite que cada cual tome su puesto, cualesquiera que sean su opinión y sus antecedentes. No se investigará el pasado

de nadie: el talento y las luces de todos serán utilizados en beneficio del país.

"Tal es, señor, el leal programa de la intervención. No tiene nada de amenazador. Todo lo contrario, puesto que emana de una idea generosa, cuyos felices y saludables efectos experimentará pronto — lo esperamos — la nación mexicana. — General BAZAINE."

La respuesta no dejaba de ser hábil y la alusión á "los talentos y á las luces de todos," llamados á "ser utilizados en beneficio del país," era un anzuelo echado á la ambición de aquéllos que, más preocupados de sí mismos que de su partido, podían tener veleidades que les hiciesen volverse hacia el más fuerte.

Llegaban, por otra parte, algunas adhesiones; pero no todas eran igualmente aceptables. El general Santa Anna, expresidente de la República, que conservaba siempre la esperanza de desempeñar un gran papel en su país, acababa de dirigirse al ministro de negocios extranjeros, en París, para obtener autorización de regresar á México.

Consultóse sobre el particular al comandante en jefe, en quien, todo lo que veía suscitaba desconfianzas contra cuanto oliera á proscritos y desterrados, y que, por otra parte, estaba bien informado acerca del carácter y de las intrigas del expresidente, hizo saber al gobierno francés, que, si alguna gestión se intentaba directamente con él, no autorizaría ese regreso al suelo mexicano, sino con ciertas restricciones y que, por consi-

guiente, debía dejar al general Santa Anna la iniciativa de una solicitud que le parecía singularmente sospechosa.

El general no se hacía ilusiones acerca de las faltas cometidas al principio, ni acerca del error fundamental que, desde los primeros días, comprometiera el éxito de la intervención; así, no le importaba encontrar nuevos adversarios, en los que pretendían ser adherentes. Con gusto hubiera repetido la conocida frase:

— ¡Dios mío! guárdame de mis amigos, que de mis enemigos me guardaré yo!

No tardarían los hechos en demostrar cuán prudente era esa conducta.